

UCLA

Mester

Title

Miguel Hernández, poeta y revolucionario

Permalink

<https://escholarship.org/uc/item/3sx5036r>

Journal

Mester, 4(2)

Author

Rodríguez- Puértolas, Julio

Publication Date

1974

DOI

10.5070/M342013480

Copyright Information

Copyright 1974 by the author(s). All rights reserved unless otherwise indicated. Contact the author(s) for any necessary permissions. Learn more at <https://escholarship.org/terms>

Peer reviewed

Miguel Hernández, poeta y revolucionario*

Miguel Hernández nació el 30 de octubre de 1910 en la ciudad de Orihuela, cerca de Alicante, situada entre montes secos con olivos, palmeras y almendros. Orihuela es una de esas ciudades que gustaban a Galdós—quizá porque nunca vivió en una de ellas—, con obispo, pero sin gobernador. La infancia de Miguel Hernández fue dura y trabajosa: al igual que su padre, fue pastor, cuidando los rebaños en las montañas que rodean Orihuela. La pobreza es el signo de la infancia y la juventud del poeta. Fue autodidacta, y su inteligencia natural hizo que los jesuitas de la ciudad le admitiesen en su colegio. Sus lecturas—como sucede tantas veces con alumnos de la Compañía—fueron mucho más allá de los límites tradicionales.

Los jóvenes oriolanos con inquietudes culturales se reunían en una panadería. Allí se discutía y se leían libros recién conseguidos, se hablaba de literatura, se hacían proyectos, materializados en un grupo teatral llamado *La Farsa* y en una revista titulada *El gallo crisis* (que recuerda otro famoso gallo, esta vez granadino y lorquiano). Ramón Sijé, uno de esos jóvenes inquietos y amigo íntimo de Miguel Hernández, puso en contacto a éste con los últimos movimientos artísticos del país. En diciembre de 1931, Miguel Hernández hace un viaje a Madrid y establece una primera relación con los escritores de la capital, pero fracasa en su intento de darse a conocer, a pesar del apoyo de personajes importantes. Miguel Hernández vuelve a Orihuela desencantado. Un poema titulado *Silbo de afirmación en la aldea* refleja esta situación:¹

Alto soy de mirar a las palmeras,
rudo de convivir con las montañas...
Yo me vi bajo y blando en las aceras
de una ciudad espléndida de arañas.
Difíciles barrancos de escaleras,
calladas cataratas de ascensores,
¡qué impresión de vacío!
ocupaban el puesto de mis flores,
los aires de mis aires y mi río.
.....
¡Cuánto labio de púrpuras teatrales,
exageradamente pecadores!
¡Cuánto vocabulario de cristales,
al frenesí llevando los colores
en una pugna, en una competencia
de originalidad y de excelencia!
¡Qué confusión! ¡Babel de las babeles!
¡Gran ciudad!: ¡Gran demontre!: ¡Gran puñeta!:
¡y su desequilibrio en bicicleta!
.....
¡Raseacielos!: ¡qué risa!: ¡Rascaleches!
¡Qué presunción los manda hasta el retiro
de Dios! ¿Cuándo será, Señor, que echas
tanta soberbia abajo de un suspiro?
¡Ascensores!: ¡qué rabia! A ver, ¿cuál sube
a la talla de un monte y sobrepasa
el perfil de una nube,
o el cardo, que, de místico, se abrasa
en la serrana gracia de la altura?
.....
Lo que haya de venir, aquí lo espero
cultivando el romero y la pobreza...

El primer libro de Miguel Hernández (Murcia, 1933), se titula *Perito en lunas*, típicamente neogongorino, de acuerdo con la moda del momento, después del “descubrimiento” de Góngora por los poetas del 27. Escribe poesía religiosa y un auto sacramental, que publica en una de las revistas más prestigiosas de la época, *Cruz y Raya*, de Madrid (*Quien te ha visto y quien te ve...*)

*El presente trabajo, con algunas modificaciones, fue leído públicamente en UCLA (octubre de 1973), en recuerdo del XXX aniversario de la muerte del poeta en una cárcel franquista.

Miguel Hernández conoce en 1934 a la que será su mujer, Josefina Manresa, y a la que dedica algunos de los más emocionantes poemas de amor escritos en castellano. Y también en 1934, el poeta visita de nuevo Madrid. Pero ahora todo es distinto. Alberti, Lorca, Altolaguirre, Aleixandre, Neruda (entonces cónsul de Chile en Madrid), son sus amigos y reconocen el valor de Miguel Hernández. Pablo Neruda recuerda así aquella época:

Llegué en un momento de gran esplendor de la poesía española. Aún me acuerdo de la persona que me esperaba en Madrid cuando llegué por la noche. No había avisado a nadie y comencé a avanzar por el andén. Al fin ví una silueta solitaria que se me acercaba con un ramo de flores. Era Federico García Lorca, que me esperaba. Desde ese momento conocí a mis camaradas, a mis amigos, los hermanos poetas de España; hice una verdadera adquisición de fraternidad, de ternura, de amistad. Todo esto me hizo pensar que debía vivir para siempre en España. Si no hubiese sido por la guerra, todavía estaría seguramente allí. Todo eso lo perdí. ... También conocí en aquellos tiempos a Miguel Hernández, que fue para mí el mayor fenómeno poético. Era un poeta que llegó directamente a mi casa desde su pueblo, Orihuela: un campesino, un verdadero poeta-campesino, pastor de cabras . . . se adivinaba el gran genio que hubiera sido si su obra no fuese interrumpida por la guerra.²

Precisamente por influencia de los amigos de Madrid y en particular de Pablo Neruda, Miguel Hernández comienza a alejarse del estilo neogongorino ya en desuso, y al mismo tiempo, de la influencia de la Iglesia. Pues como dijo Neruda de la revista *El gallo crisis*, ya mencionada. “*le hallo demasiado olor a iglesia, ahogado en incienso,*” y también, “[Miguel] *tú eres demasiado sano para soportar ese tufo sotánico-satánico.*”³ El poema titulado *Sonreídme* explica así el cambio experimentado por el poeta:

vengo muy satisfecho de librarme
de la serpiente de las múltiples cúpulas,
la serpiente escamada de casullas y cálices;
su cola puso en mi boca acíbar, sus anillos verdugos
reprimieron y malaventuraron la nudosa sangre de mi corazón.
Vengo muy dolorido de aquel infierno de incensarios locos,
de aquella boba gloria; *sonreídme*.
Sonreídme, que voy
adonde estáis vosotros los de siempre,
los que cubrís de espigas y racimos la boca del que nos escupe,
los que conmigo en surcos, andamos, fraguas, hornos,
os arrancáis la corona del sudor a diario.

Me libré de los templos, *sonreídme*,
donde me consumía con tristeza de lámpara
encerrado en el poco aire de los sagrarios;
salté al monte de donde procedo,
a las viñas donde halla tanta hermana mi sangre,
a vuestra compañía de relativo barro.
Agrupo mi hambre, mis penas y estas cicatrices
que llevo de tratar piedras y hachas,
a vuestras hambres, vuestras penas y vuestra herrada carne,
porque para calmar nuestra desesperación de toros castigados

habremos de agruparnos oceánicamente.

Nubes tempestuosas de herramientas
para un cielo de manos vengativas
nos es preciso. Ya relampaguean
las hachas y las hoces con su metal crispado,
ya truenan los martillos y los mazos
sobre los pensamientos de los que nos han hecho
burros de carga y bueyes de labor.
Salta el capitalista de su cochino lujo,
huyen los arzobispos de sus mitras obscenas,
los notarios y los registradores de la propiedad
caen aplastados bajo furiosos protocolos,
los curas se deciden a ser hombres,
y abierta ya la jaula donde actúa de león
queda el oro en la más espantosa miseria.

En 1934 se produce en España la revolución socialista de Asturias, que inspira el drama de Miguel Hernández *Los hijos de la piedra*, subtítulo *Drama del monte y sus jornaleros*. Y en diciembre de ese mismo año muere su amigo Ramón Sijé: Miguel Hernández escribe entonces uno de sus más hermosos poemas, *Elegía*:

Yo quiero ser llorando el hortelano
de la tierra que ocupas y estercolas,
compañero del alma, tan temprano.

Alimentando lluvias, caracolas
y órganos mi dolor sin instrumento,
a las desalentadas amapolas

daré tu corazón por alimento.
Tanto dolor se agrupa en mi costado,
que por doler me duele hasta el aliento.

Un manotazo duro, un golpe helado,
un hachazo invisible y homicida,
un empujón brutal te ha derribado.

No hay extensión más grande que mi herida,
lloro mi desventura y sus conjuntos
y siento más tu muerte que mi vida.

Ando sobre rastrojos de difuntos,
y sin calor de nadie y sin consuelo
voy de mi corazón a mis asuntos.

Temprano levantó la muerte el vuelo,
temprano madrugó la madrugada,
temprano estás rodando por el suelo.

No perdono a la muerte enamorada,
no perdono a la vida desatenta,
no perdono a la tierra ni a la nada.

En mis manos levanto una tormenta
de piedras, rayos y hachas estridentes
sedienta de catástrofes y hambrienta.
Quiero escarbar la tierra con los dientes,
quiero apartar la tierra parte a parte
a dentelladas secas y calientes.

Quiero minar la tierra hasta encontrarte
y besarte la noble calavera
y desmordazarte y regresarte.

Volverás a mi huerto y a mi higuera:
por los altos andamios de las flores
pajareará tu alma colmenera

de angelicales ceras y labores.
Volverás al arrullo de las rejas
de los enamorados labradores.

Alegrarás la sombra de mis cejas,
y tu sangre se irá a cada lado
disputando tu novia y las abejas.

Tu corazón, ya terciopelo ajado,
llama a un campo de almendras espumosas
mi avariciosa voz de enamorado.

A las aladas almas de las rosas
del almendro de nata de requiero,
que tenemos que hablar de muchas cosas,
compañero del alma, compañero.

En 1935 aparece un nuevo libro del poeta, *El rayo que no cesa*, aclamado por todos los escritores e intelectuales, incluso por los más exquisitos de la *Revista de Occidente*, como Ortega y Gasset, el Dr. Marañón, Juan Ramón Jiménez. Casi al mismo tiempo de este reconocimiento general, Miguel Hernández sufre una experiencia terrible: es golpeado y apaleado brutalmente por la Guardia Civil durante una excursión al campo. No es difícil ver en este hecho el anuncio de lo que poco después iba a ocurrir a escala nacional en España. De *El rayo que no cesa* es este poema autobiográfico y asimismo anunciador:

Me llamo barro aunque Miguel me llame.
Barro es mi profesión y mi destino
que mancha con su lengua cuanto lame.

Barro en vano me invisto de amapola,
barro en vano vertiendo voy mis brazos,
barro en vano te muerdo los talones,
dándote a malheridos aletazos
sapos como convulsos corazones.

Harto de someterse a los puñales
circulantes del carro y la pezuña
teme del barro un parto de animales
de corrosiva piel y vengativa uña.

Teme que el barro crezca en un momento,
teme que crezca y suba y cubra tierna,
tierna y celosamente
tu tobillo de junco, mi tormento,

teme que inunde el nardo de tu pierna
y crezca más y ascienda hasta tu frente.

Teme que se levante huracanado
del blando territorio del invierno
y estalle y truene y caiga diluviado
sobre tu sangre duramente tierno...

El 18 de julio de 1936 comienza en España una guerra civil que habría de durar tres años, producir un millón de muertos durante la misma, medio millón de fusilados durante la “paz” y medio millón de exiliados. Para Miguel Hernández, con su “cara de surco articulado”, como dijo de sí mismo; con su “cara de patata recién sacada de la tierra,” como dijo de él Pablo Neruda, las cosas están claras. Se incorpora a la lucha al lado del pueblo contra el fascismo y el terror. Es soldado republicano, recorre los campos de batalla como *Comisario de la Cultura de El Campesino*, recita sus poemas en las trincheras, escribe teatro y verso. Y se casa. En 1937 publica su extraordinario libro *Viento de Pueblo*, el libro de la guerra. Está dedicado a Vicente Aleixandre, y la dedicatoria es un texto básico para comprender a Miguel Hernández y otras varias cosas:

Vicente: A nosotros, que hemos nacido poetas entre todos los hombres, nos ha hecho poetas la vida junto a todos los hombres. Nosotros venimos brotando del manantial de las guitarras acogidas por el pueblo, y cada poeta que muere, deja en manos de otro, como una herencia, un instrumento que viene rodando desde la eternidad de la nada a nuestro corazón esparcido. Ante la sombra de dos poetas, nos levantamos, otros dos, y ante la nuestra se levantarán otros dos de mañana. Nuestro cimientito será siempre el mismo: la tierra. Nuestro destino es parar en las manos del pueblo. Sólo esas honradas manos pueden contener lo que la sangre honrada del poeta derrama vibrante. Aquel que se atreve a manchar esas manos, aquellos que se atreven a deshonorar esa sangre, son los traidores asesinos del pueblo y la poesía, y nadie los lavará; en su misma suciedad quedarán cegados. Tu voz y la mía irrumpen del mismo venero. Lo que echo de menos a mi guitarra, lo hallo en la tuya. Pablo Neruda y tú me habéis dado imborrables pruebas de poesía, y el pueblo hacia el que tiendo todas mis raíces, alimenta y ensancha mis ansias y mis cuerdas con el soplo cálido de sus movimientos nobles.

Los poetas somos viento del pueblo: nacemos para pasar soplando a través de sus poros y conducir sus ojos y sus sentimientos hacia las cumbres más hermosas. Hoy, este hoy de pasión, de vida, de muerte, nos empuja de un imponente modo a tí, a mí, a varios, hacia el pueblo. El pueblo espera a los poetas con la oreja y el alma tendidas al pie de cada siglo.

Miguel Hernández podría hacer suyas estas palabras de André Gide: “Pero como la causa de la verdad se confunde en mi espíritu, en nuestro espíritu, con la de la Revolución, el arte, al preocuparse únicamente de la verdad sirve necesariamente a la Revolución.”⁴ O estas otras de Federico García Lorca, dichas poco antes de su muerte: “En este momento dramático del mundo, el artista debe llorar y reír con su pueblo . . . El dolor del hombre y la injusticia constante que mana del mundo y de mi propio cuerpo y mi propio pensamiento, me evitan trasladar mi casa a las estrellas” (10-vi-36).⁵

La violencia de la guerra y la justicia del pueblo luchando por unos cuantos derechos básicos, la esperanza de victoria, la moral de quien defiende una causa noble, todo ello aparece ahora en los poemas de Miguel Hernández:

Sentado Sobre Los Muertos

Sentado sobre los muertos
que se han callado en dos meses,
beso zapatos vacíos
y empuño rabiosamente
la mano del corazón
y el alma que lo mantiene.

Que mi voz suba a los montes
y baje a la tierra y truene,
eso pide mi garganta
desde ahora y desde siempre.

Acércate a mi clamor,
pueblo de mi misma leche,
árbol que con tus raíces
encarcelado me tienes,

que aquí estoy yo para amarte
y estoy para defenderte
con la sangre y con la boca
como dos fusiles fieles.

Si yo salí de la tierra,
si yo he nacido de un vientre
desdichado y con pobreza,
no fue sino para hacerme
ruiseñor de las desdichas,
eco de la mala suerte,
y cantar y repetir
a quien escucharme debe
cuanto a penas, cuanto a pobres,
cuanto a tierra se refiere.

.....

Aquí estoy para vivir
mientras el alma me suene,
y aquí estoy para morir,
cuando la hora me llegue,

en los veneros del pueblo
desde ahora y desde siempre.
Varios tragos es la vida
y un solo trago la muerte.

Vientos Del Pueblo Me Llevan

Vientos del pueblo me llevan,
vientos del pueblo me arrastran,
me esparcen el corazón
y me aventan la garganta.

.....
Asturianos de braveza,
vascos de piedra blindada,
valencianos de alegría
y castellanos de alma,
labrados como la tierra
y airosos como las alas;
andaluces de relámpago,
nacidos entre guitarras
y forjados en los yunques
torrenciales de las lágrimas;
extremños de centeno,
gallegos de lluvia y calma,
catalanes de firmeza,
aragoneses de casta,
murcianos de dinamita
frutalmente propagada,
leoneses, navarros, dueños
del hambre, el sudor y el hacha,
reyes de la minería,

señores de la labranza,
hombres que entre las raíces,
como raíces gallardas,
vais de la vida a la muerte,
vais de la nada a la nada:
yugos os quieren poner
gentes de la hierba mala,
yugos que habéis de dejar
rotos sobre sus espaldas.
Crepúsculo de los bueyes
está despuntando el alba.

.....
Si me muero, que me muera
con la cabeza muy alta.
muerto y veinte veces muerto,
la boca contra la grama,
tendré apretados los dientes
y decidida la barba.

Cantando espero a la muerte,
que hay ruiseñores que cantan
encima de los fusiles
y en medio de las batallas.

En 1937 nace el primer hijo del poeta, quien escribe un poema de amor y de guerra, probablemente el mejor poema de amor en castellano desde los tiempos de Quevedo:

Canción Del Esposo Soldado

He poblado tu vientre de amor y sementera,
he prolongado el eco de sangre a que respondo
y espero sobre el surco como el arado espera:
he llegado hasta el fondo.

Morena de altas torres, alta luz y altos ojos,
esposa de mi piel, gran trago de mi vida,
tus pechos locos crecen hacia mí dando saltos
de cierva concebida.

Ya me parece que eres un cristal delicado,
temo que te me rompas al más leve tropiezo,
y a reforzar tus venas con mi piel de soldado
fuera como el cerezo.

Espejo de mi carne, sustento de mis alas,
te doy vida en la muerte que me dan y no tomo.
Mujer, mujer, te quiero cercado por las balas,
ansiado por el plomo.

Sobre los ataúdes feroces en acecho,
sobre los mismos muertos sin remedio y sin fosa
te quiero, y te quisiera besar con todo el pecho
hasta en el polvo, esposa.

Cuando junto a los campos de combate te piensa
mi frente que no enfría ni aplaca tu figura,

te acercas hacia mí como una boca inmensa
de hambrienta dentadura.

Escríbeme a la lucha, siénteme en la trinchera:
aquí con el fusil tu nombre evoco y fijo,
y defiendiendo tu vientre de pobre que me espera,
y defiendiendo tu hijo.

Nacerá nuestro hijo con el puño cerrado,
envuelto en un clamor de victoria y guitarras,
y dejaré a tu puerta mi vida de soldado
sin colmillos ni garras.

Es preciso matar para seguir viviendo.
Un día iré a la sombra de tu pelo lejano,
y dormiré en la sábana de almidón y de estruendo
cosida por tu mano.

Tus piernas implacables al parto van derechas,
y tu implacable boca de labios indomables,
y ante mi soledad de explosiones y breehas
recorres un camino de besos implacables.

Para el hijo será la paz que estoy forjando.
Y al fin en un océano de irremediables huesos
tu corazón y el mío naufragarán, quedando
una mujer y un hombre gastados por los besos.

La guerra continúa. *El hombre acecha* es el segundo libro de Miguel Hernández escrito en los campos de batalla, libro dedicado esta vez a Pablo Neruda. Pero ahora, Miguel Hernández deja entrelazar en sus poemas un cierto desaliento, precursor de un final amargo, mezclado, sin embargo, con llamadas a la esperanza y a un futuro mejor:

Carta

El palomar de las cartas
abre su imposible vuelo
desde las trémulas mesas
donde se apoya el recuerdo,
la gravedad de la ausencia,
el corazón, el silencio.

Oigo un latido de cartas
navegando hacia su centro.
Donde voy, con las mujeres
y con los hombres me encuentro
malheridos por la ausencia,
desgastados por el tiempo.

Cartas, relaciones, cartas:
tarjetas postales, sueños,
fragmentos de la ternura,
proyectados en el cielo,
lanzados de sangre a sangre
y deseo a deseo.

*Aunque bajo la tierra
mi amante cuerpo esté,
escríbeme a la tierra
que yo te escribiré*

En un rincón enmudecen
cartas viejas, sobres viejos,
con el color de la edad
sobre la escritura puesto.
Allí agoniza la tinta
y desfallecen los pliegos,
y el papel se agujerea
como un breve cementerio
de las pasiones de antes,
de los amores de luego.

*Aunque bajo la tierra
mi amante cuerpo esté
escríbeme a la tierra
que yo te escribiré.*

Las Cárceles

Las cárceles se arrastran por la humedad del mundo,
van por la tenebrosa vía de los juzgados:
buscan a un hombre, buscan a un pueblo, lo persiguen,
lo absorben, se lo tragan.

No se ve, que se escucha la pena del metal,
el sollozo del hierro que atropellan y escupen:
el llanto de la espada puesta sobre los jueces
de cemento fangoso.

Allí, bajo la cárcel, la fábrica del llanto,
el telar de la lágrima que no ha de ser estéril,
el casco de los odios y de las esperanzas,
fabrican, tejen, hunden.

Cuando están las perdices más roncadas y acopladas,
y el azul amoroso de fuerzas expansivas,
un hombre hace memoria de la luz, de la tierra,
húmedamente negro.

Se da contra las piedras la libertad, el día,
el paso galopante de un hombre, la cabeza,
la boca con espuma, con decisión de espuma,
la libertad, un hombre . . .

Guerra

La vejez de los pueblos.
El corazón sin dueño.
El amor sin objeto.
La hierba, el polvo, el cuervo.
¿Y la juventud?

En el ataúd.

El árbol solo y seco.
La mujer como un leño
de viudez sobre el lecho.
El odio sin remedio.
¿Y la juventud?

En el ataúd.

Son poemas escritos, como ha dicho el escritor italiano Italo Calvino, en un momento histórico construido de "revolución, realidad, moral y poesía". Mas la guerra civil termina en los campos de combate el 1 de marzo de 1939, teniendo como resultado la derrota de la República Española y la implantación de una dictadura que todavía existe hoy.

Miguel Hernández, fugitivo como tantos otros, intenta desesperadamente salvar su vida. Se refugia en Portugal, y es devuelto por la policía de Salazar a la del general Franco ("los amigos de mis amigos..."). Comienza entonces una penosa peregrinación. Es encarcelado primeramente en Madrid, pero consigue lo que en España se llama—y no es ironía—*libertad provisional*, gracias a la intervención de Pablo Neruda, que visita al arzobispo de París, amigo de los nuevos gobernantes españoles, y le convence de que quien ha escrito poemas tan hermosos no puede ser un criminal. El poeta marcha entonces a su ciudad natal para reunirse con su mujer, y allí es encarcelado de nuevo; quizá éste es otra vez un símbolo, pero el hecho es que la cárcel de Orihuela fue instalada en el viejo Seminario. Miguel Hernández es condenado a muerte, y finalmente, tras un "generoso" acto de perdón, a 30 años de prisión. Le reciben sucesivamente

las cárceles de Madrid de nuevo, Palencia, Madrid otra vez, Ocaña. En esta última comparte la condena con quien más tarde sería famoso autor de teatro, Antonio Buero Vallejo. He aquí un delicioso poema escrito en la cárcel, unas *nanas*, una canción infantil para su hijo.

Nanas de la cebolla

(Dedicadas a su hijo, a raíz de recibir una carta de su mujer, en la que le decía que no comía más que pan y cebolla.)

La cebolla es escarcha
cerrada y pobre.
Escarcha de tus días
y de mis noches.
Hambre y cebolla,
hielo negro y escarcha
grande y redonda.

En la cuna del hambre
mi niño estaba.
Con sangre de cebolla
se amamantaba.
Pero tu sangre,
escarchada de azúcar,
cebolla y hambre.

Una mujer morena
resuelta en luna
se derrama hilo a hilo
sobre la cuna.
Ríete, niño,
que te traigo la luna
cuando es preciso.

Alondra de mi casa,
ríete mucho.
Es tu risa en tus ojos
la luz del mundo.
Ríete tanto
que mi alma al oírte
bata el espacio.

Tu risa me hace libre,
me pone alas.
Soledades me quita,
cárcel me arranca.

Boca que vuela,
corazón que en tus labios
relampaguea.

Es tu risa la espada
más victoriosa,
vencedor de las flores
y las alondras.
Rival del sol.
Porvenir de mis huesos
y de mi amor.

Al octavo mes ríes
con cinco azahares.
Con cinco minutos
ferocidades.
Con cinco dientes
como cinco jazmines
adolescentes.

Frontera de los besos
serán mañana,
cuando en la dentadura
sientas un arma.
Sientas un fuego
correr dientes abajo
buscando el centro.

Vuela niño en la doble
luna del pecho:
él, triste de cebolla,
tú, satisfecho.
No te derrumbes.
No sepas lo que pasa
ni lo que ocurre.

Y éste otro, *Sepultura de la imaginación*, transparente alegoría de sí mismo y de la situación del pueblo español:

Un albañil quería. . .No le faltaba aliento.
Un albañil quería, piedra tras piedra, muro
tras muro, levantar una imagen al viento
desencadenador en el futuro.

Quería un edificio capaz de lo más leve
No le faltaba aliento. ¡Cuánto aquél se quería!
Piedras de plumas, muros de pájaros los mueve
una imaginación al mediodía.

Reía. Trabajaba. Cantaba. De sus brazos
con un poder más alto que el ala de los buenos,

iban brotando muros lo mismo que aletazos.
Pero los aletazos duran menos.

Al fin, era la piedra su agente. Y la montaña
tiene valor de vuelo si es totalmente activa.
Piedra por piedra es peso y hunde cuanto acompaña,
aunque esto sea un mundo de ansia viva.

Un albañil quería. . .Pero la piedra cobra
su torva densidad brutal en un momento.
Aquel hombre labraba su cárcel. Y en su obra
fueron precipitados él y el viento.

Miguel Hernández es trasladado en junio de 1941 a la cárcel de Alicante, donde muere el 28 de marzo de 1942, víctima de una tuberculosis mal atendida. Y en la pared de la cárcel quedaron los últimos versos escritos por el poeta:

Adiós, hermanos, camaradas, amigos,
despedidme del sol y de los trigos.

Versos que recuerdan al Lorca que escribió –

Si muero,
dejad el balcón abierto.
El niño come naranjas.
(Desde mi balcón lo veo).
El segador siega el trigo.
(Desde mi balcón lo siento).
¡Si muero,
dejad el balcón abierto!⁶

Guillermo de Torre ha dicho que “el sacrificio de dos poetas abre y cierra la guerra de España, Federico García Lorca y Antonio Machado.”⁷ Pero el crítico no se daba cuenta quizá de que esa guerra no terminó el 1 de abril de 1939: Miguel Hernández moría en la cárcel tres años después de acabada oficialmente la lucha. Uno más en la siniestra lista que entre muertos y exiliados (y solamente poetas) incluye a Lorca, Machado y Hernández, pero también a Pedro Salinas, José Moreno Villa, Manuel Altolaguirre, León Felipe, Emilio Prados, Juan Larrea, Luis Cernuda, Rafael Alberti, Jorge Guillén, entre otros.⁸ Los dictadores saben, como ha dicho Gabriel Celaya, que “la poesía es un arma cargada de futuro.”⁹

Julio Rodríguez – Puértolas

University of California, Los Angeles

Notas

¹ Cito por la edición de *Obras Completas* de Miguel Hernández (Buenos Aires, Losada, 1960).

² Declaraciones a *Triunfo* (Madrid), 13-XI-1971, p. 20.

³ Citado por Juan Cano Ballesta, *La poesía de Miguel Hernández* (Madrid, 1963), p. 36.

⁴ André Gide, *Literature Engagé* (París, 1950), p. 58.

⁵ Citado por Max Aub, *La poesía española contemporánea* (México, 1954), p. 68.

⁶ “Despedida”, en *Obras Completas* de García Lorca (Madrid, Aguilar, 1967; 13a), p. 405.

⁷ Guillermo de Torre, *Tríptico del sacrificio* (Buenos Aires, 1948), p. 43.

⁸ El crítico falangista Gonzalo Torrente Ballester declaraba tranquilamente en 1940 que al terminar la guerra civil había en el exilio 118 profesores universitarios, 200 profesores de enseñanza media, 2.000 maestros... De acuerdo con sus datos, el noventa por ciento de la inteligencia española había abandonado el país como consecuencia de la victoria militar del general Franco (*Tajo*, Madrid, 3-VIII-1940).

⁹ Como curiosidad documental, anoto seguidamente la comunicación oficial enviada por los Servicios Diplomáticos de Chile a Pablo Neruda, el 29 de setiembre de 1942, cuando el poeta era cónsul general de su país en México: “La Embajada de Chile en Madrid ha comunicado a este Ministerio el fallecimiento del poeta don Miguel Hernández, con un encargo especial de la viuda del señor Hernández de llevar este hecho a conocimiento de Vds. Según informa nuestra Embajada en España, después de varios traslados de presidios, el señor Hernández fue atacado, a fines del año pasado, de fiebre tifoidea en el Presidio de Ocaña. Logró salvarse, pero su salud quedó muy quebrantada. Para mejorarlo de clima, la Embajada solicitó y obtuvo su traslado a Alicante, pero a poco de llegar a ese lugar se le presentó una violenta tuberculosis pulmonar. No tuvo reacción ninguna en los dos meses que duró su enfermedad. Su reciente tifoidea, la prisión por más de dos años después de las privaciones sufridas durante la Guerra Civil, le hallaron en malas condiciones para resistir el mal. Atendiendo a solicitudes del enfermo procuró la Embajada que fuese trasladado a un sanatorio que no fuera de prisiones, pero no tuvo éxito en sus gestiones. Resolvió la autoridad superior de prisiones que fuese transferido a un sanatorio de presos, pero no alcanzó a efectuarse este traslado porque el enfermo falleció el 28 de marzo.” (citado por Ricardo Gullón, en “Relaciones Pablo Neruda-Juan Ramón Jiménez,” *IIR*, XXXIX, 1971, 156).